

JUAN GUERRERO RUIZ, *Juan Ramón de viva voz*, prólogo y notas de Manuel Ruiz-Funes Fernández, Pre-textos, Valencia, 1998.

*Juan Ramón de viva voz*: es precisamente así como percibe el lector el mundo personal y poético de Juan Ramón Jiménez, *de viva voz*, a través de las conversaciones recogidas durante veintitrés años por la pluma de Juan Guerrero Ruiz. Pre-textos ha editado recientemente el primer volumen de este *diario de conversaciones* en una versión íntegra que abarca los años comprendidos entre 1913 y 1931. La primera edición de *Juan Ramón de viva voz*, con prólogo de Ricardo Gullón, fue publicada por *Ínsula* en el año 1961 pero en ella se habían suprimido alusiones y comentarios que en aquellos momentos se consideraron inapropiados o hirientes.

Juan Guerrero Ruiz fue secretario, amigo e incondicional admirador de Juan Ramón Jiménez. En sus notas recogidas día a día nos da cuenta de los temores del poeta, de sus punzantes opiniones y de lo que llegó a ser su máxima obsesión: su obra. La veneración de Guerrero por el poeta es tal que lo lleva a posponer sus quehaceres personales a todos los trabajos que éste le pedía, según él mismo manifiesta.

A lo largo de estas conversaciones, el lector va tomando conciencia de la personalidad de Juan Ramón Jiménez: su carácter enfermizo y aprensivo lo llevó a obsesionarse por la muerte, percibiéndola como un obstáculo para la culminación de su obra poética. El trabajo es, pues, la principal preocupación de Juan Ramón y cualquier variación atmosférica, o los ruidos, eran suficiente motivo para cambiar su domicilio, para insonorizar su habitación de trabajo, cosa que hizo en varias ocasiones, o para

exigir una temperatura constante de veintuno o veintidós grados.

Las conversaciones nos van mostrando sus reflexiones sobre la religión, la política y, sobre todo, su concepción poética, que va evolucionando conforme avanzan los años. Así, en 1915, se propone escribir solamente prosa poética, pues encuentra su obra algo artificiosa. Luego, en 1922, habla a su secretario de la necesidad de depurar toda su obra para que no haya nada que pueda alejarla de la plenitud, la madurez y la perfección. Sin embargo, unos años más tarde, en 1931, se muestra decidido a no hacer la última depuración para no restarles frescura, prefiriendo dejar su obra sin terminar del todo «aunque no resulte perfecta».

Sin embargo, el poeta no sólo habla de lo que serán temas trascendentales para la lírica contemporánea; Juan Ramón Jiménez se encuentra continuamente mezclado en incidentes que pertenecen al mundo de los chismes y las murmuraciones: José Bergamín, Salinas, Guillén, Alberti... son los poetas con los que mantendrá unas relaciones marcadas por los malos entendidos y las críticas punzantes. Juan Ramón, que se considera el poeta más imitado, llega a afirmar en 1931: «Todos los poetas hispanoamericanos y españoles jóvenes me deben algo; algunos, mucho, y otros, todo». Obsesionado por su trabajo y sintiendo gran aversión por el trato superficial con la gente, apenas sale de casa. Las relaciones con los poetas jóvenes le resultarán lacerantes y, por ello, decide en 1930 no recibirlos en su casa.

Efectivamente, Juan Ramón se muestra implacable en asuntos que se refieren al quehacer poético. Azorín, Lorca, Huidobro, Dámaso Alonso... , entre otros, pasa-

rán a formar parte de la larga lista de escritores a los que el poeta dedica, en uno u otro momento, sus hirientes comentarios.

Ejemplo de ello es la relación que Juan Ramón mantiene con Ramón Fera, que, en 1931, prepara una nueva revista, *La Luna y el Pájaro* y le pide una colaboración. Unos aforismos dirigidos especialmente a la gente joven, que titula «Belleza contraria», serán su aportación. Exigente y minucioso con su trabajo, Juan Ramón no ve con satisfacción el número 1 de la revista, en el mes de junio de 1931: encuentra numerosas erratas, se muestra disconforme con la composición de las páginas y con los adornitos que han colocado a sus aforismos... «En fin, ya tenemos un número 1 más de otra revista» dice.

Hemos de considerar, no obstante, que todas estas conversaciones, mantenidas durante tres décadas, fueron estrictamente confidenciales y Juan Ramón, obviamente, nunca pensó que se verían publicadas.

Por otra parte, también es verdad que el poeta, a pesar de su carácter vanidoso, no sólo aplica criterios severos a la poesía escrita por los otros: es más riguroso aún —si cabe— con su propia creación. Su des-

velo por conseguir su poesía ideal lo convierten en una víctima de sus propias obsesiones. La depuración de su obra lo mantiene sometido, pues cada poema que revisa termina multiplicándose en dos o tres nuevos con lo que resulta atrapado en una continua e imparable creación. El volumen de su obra lo agobia y considera que ni en treinta años podría ordenarla, aunque no escribiera nada nuevo. «¡Si pudiera parar el tiempo!», se lamenta en 1931. Además, quiere que quede copia de todo aquello que depure, pues desea que Guerrero tenga un archivo igual al suyo por temor a que se pierda. Para ello, su esposa Zenobia hará copias de cuanto él le dicte y lo mismo hará Guerrero con todo lo que «el poeta más espiritual de España» le encomiende.

Así pues, Juan Guerrero Ruiz, «cónsul general de la poesía», como lo llamaría García Lorca, no sólo fue un apoyo indiscutible para su amigo, sino que también supo legarnos un documento insustituible para conocer a unos de los más grandes poetas de este siglo, crítico y exigente, por encima de todo, con su propia obra poética.

*Adelaida Ríos-Cruz*